

Vivir la masculinidad, ¿cómo?

Alejandro Mosqueda Guadarrama

Muchas veces, cuando se habla de la masculinidad en general o de alguno de sus aspectos, se queda en la satanización de todo lo masculino y en golpes de pecho de los hombres, incluso en la colocación de los hombres como víctimas que requieren apoyo y comprensión; otras más, se queda en una especie de recomendaciones para ser “buenos hombres”, ya sea como hijo, esposo o padre.



Otras veces se aborda el tema de tal forma que pareciera que se trata de **quedar bien** con las mujeres y de alguna forma descargar sentimientos de culpa.

Sin tratar de profundizar en el proceso de construcción de los valores, mitos y aprendizaje de todo lo relacionado con el *cómo vivir la masculinidad* y los efectos que esto acarrea a los propios hombres y su entorno familiar, quiero compartir algunos puntos sobre el tema. Puntos que muchas veces pasan a segundo plano y se pierden de vista muy seguido.

Nuestra formación/capacitación parte de una **visión unilateral** de la realidad, una visión que se levanta e impone como única y verdadera, fomentando, estimulando e imponiendo –consciente e inconscientemente por todos los medios y en todos los espacios– roles para los seres humanos, única y exclusivamente por el sexo que tengan al nacer, creando un sistema de valoración, de derechos y posibilidades **diferenciados** para unos y otras.

El *sistema diferenciado de valores* y comportamientos considerados “masculinos” unos y “femeninos” otros, y que son asignados socialmente a hombres y a mujeres respectivamente, es producto de la visión masculina para la organización y el funcionamiento de la sociedad, que va desde la familia hasta las estructuras de gobierno. Este **sistema de valores** está presente y rige todos los espacios de hombres y mujeres. Está en lo público y en lo íntimo.

Para el hombre, el aprendizaje de su papel, desde que nace, le introyectarán una visión del mundo, la forma de relacionarse con hombres y con mujeres, la forma en que puede

expresar sus emociones y sentimientos, lo que tiene valor y lo que no, las actitudes y comportamientos para ser considerado “**más hombre**”. Este aprendizaje se da en todos los espacios de la vida cotidiana.

Tratar de cumplir con **los mandatos**, exigencias, modelos y alternativas que asigna la masculinidad tradicional a los hombres (como el ser valiente, competitivo, egoísta, arriesgado, exitoso, fuerte física y emocionalmente, potente sexual, deseado, conquistador, sabelotodo, heterosexual, dominante, admirado, autoridad, autosuficiente, proveedor, agresivo, audaz, mujeriego, buen bebedor, simpático, aceptado, *no contar con nada que tenga que ver con lo considerado femenino*, etc., etc.), genera una serie de repercusiones emocionales y psicológicas, por ejemplo: malestares, incomodidades, miedos, inseguridades, baja autoestima, dificultad para mantener vínculos afectivos, tristeza y frustraciones.

Las repercusiones pueden verse, por ejemplo, en conductas y en actitudes como **el abuso** de poder, violencia en lo privado y en lo público, abuso de autoridad, prepotencia, agresividad, aislamiento, ser padre sin asumir responsabilidades en la crianza, poca o nula manifestación de sentimientos, relaciones y comunicación superficiales con otros hombres, la burla y descalificación a otros y otras, o la poca capacidad de autocrítica y aceptación de la diversidad sexual. Todo lo considerado femenino, en actitudes, expresión de emociones, comportamiento, etc., en un hombre será signo de “*poca hombría*”, debilidad, motivo de descalificación y en muchos casos de marginación y violencia.

Los hombres construimos *máscaras y ropajes* que nos acerquen al **modelo imperante** de “hombre”, que nos dictan las normas sociales patriarcales. Estas máscaras y ropajes, que se irán construyendo y refuncionalizando a lo largo de las diferentes etapas de la vida, nos podrán garantizar el disfrute de los **privilegios** que nos da este sistema de rasgos patriarcales. La existencia de estos privilegios para los hombres va directamente relacionada con la explotación y subordinación de las mujeres.

Estas relaciones de subordinación y dominación tienen formas variadas, en ocasiones son abiertas y evidentes y en otras se presentan con actitudes de aparente equidad, pero finalmente el control y el poder se mantienen. Hay un **orden social simbólico** que refuncionaliza estas relaciones de desigualdad entre hombres y mujeres.

Es en este punto donde la **revisión y reflexión** sobre *la forma de vivir la masculinidad* pueden quedarse en simples acciones y discurso demagógico.

No hay que perder de vista la capacidad que los hombres vamos desarrollando para la **simulación**: nos cuesta mucho dejar esos privilegios –para cambiar estas relaciones de poder entre hombres y mujeres–, y si el orden social simbólico nos permite hablar de esas desigualdades, de la subordinación (sin cambiar en lo fundamental nuestra posición privilegiada), la reflexión y acciones se pueden ir encaminando hacia una *nueva forma de masculinidad*, donde el hombre no pierda todos sus privilegios, y siga manteniendo el **control y poder**.

Un *machismo de nuevo tipo* que no cambie la situación de subordinación de las mujeres, aunque esta subordinación sea menos evidente y dolorosa para ellas, puede ser el resultado de un proceso de reflexión y **cambios aparentes** por parte de los hombres. Así, se estaría remodelando y revistiendo el ejercicio de poder masculino, creando nuevas verdades, mitos y formas de entender la realidad.

Es posible que la revisión de cómo vivimos el “ser hombre” nos pueda llevar a *reconocer* ese **bloqueo emocional** que nos impide llorar o manifestar libremente nuestras emociones sin máscaras y sin vergüenza, pero revisar y reflexionar desde la masculinidad las relaciones de poder –para construir propuestas **transformadoras** de este sistema– va más allá de la manifestación y manejo diferente por parte de los hombres de sus emociones y sentimientos. Todo esto es una parte, pero quedarse ahí no llegará a tocar las esferas privada y pública, donde se ejerce y reproduce este sistema de desigualdades entre hombres y mujeres. No se trata de construir concesiones o formas sutiles de ejercer el poder... No está de más mencionar que tampoco basta con lavar los trastes o dedicarle más tiempo a las hijas e hijos, ni solo con dejar de ser un violento evidente en nuestras relaciones.

Hay temáticas que se han puesto de moda, por una u otra causa (muchas de ellas atendiendo a los intereses del **neoliberalismo**); parece ser (de unos años a la fecha) que ahora es el turno de la masculinidad. El Estado, el poder patriarcal, no pierde oportunidad para captar y hacer suya esta temática, y qué bueno que lo haga... Sin embargo, ¿hasta dónde podrá llegar en el impulso a propuestas transformadoras que atentan contra él mismo?, por lo tanto, ¿realmente será capaz de crear propuestas transformadoras?, ¿hasta dónde este *interés* por el tema corresponde a una refuncionalización del sistema de desigualdades?

El cuestionamiento a la masculinidad tradicional presenta varias caras, diferentes esferas y niveles, y quedarse solo en uno de ellos posibilita la continuidad de la lógica patriarcal que permea el funcionamiento y organización de la sociedad y permite la simulación de

cambios para **que todo siga igual**. Ante esto, el feminismo y la teoría de género seguirán siendo incómodos e incomprensidos, atacados y descalificados, aparte de ser blanco de políticas de cooptación.

La **caída de mitos** en relación con el papel de las mujeres (como la supuesta pasividad, dependencia económica o la incapacidad para ciertos trabajos) refuerza y genera –en muchos casos– en los hombres el sentimiento de inseguridad, angustia y misoginia; y no se busca una explicación de estos cambios; se opta por una simple descalificación sexista. La masculinidad tradicional egocéntrica se ve herida en su narcisismo, a pesar de las justificaciones o nuevos mitos que el sistema de dominación masculina genera para mantener todo igual.

No es moral, ni ética, ni políticamente justificable, el ordenamiento y funcionamiento social de este **sistema de desigualdades y subordinación**, donde el sexo, la clase social, la etnia o preferencia sexual profundizan las desigualdades y la subordinación.

La reflexión y el cuestionamiento a la masculinidad tradicional y al sistema de género imperante no son para hacer una apología o victimización de las mujeres, ni tampoco para la satanización o justificación de los hombres. Esta reflexión y cuestionamiento abordados de manera integral (tomando en cuenta los **espacios privado y público**, las relaciones políticas y económicas, la cultura y la educación) nos podrán llevar a construir propuestas para avanzar en cambios que realmente transformen todos los ámbitos, las estructuras sociales y consecuentemente el orden simbólico actual.

Los cambios tendrán que ir en dos vías simultáneamente: en lo personal y en lo público, de tal forma que esto pueda tener impacto en todos los espacios de la vida, en lo político, lo económico, lo cultural y lo privado.

La apuesta por la construcción de una sociedad diferente, con nuevas relaciones sociales, justas y democráticas, donde la constante sea el respeto a la diferencia y el trato igualitario, sin importar sexo, religión, etnia, preferencia sexual, política o religiosa, y el respeto de los derechos humanos, será parcial y no cumplirá cabalmente sus objetivos, si no incorpora los conceptos y categorías de análisis que la **teoría de género** aporta. Bueno, eso me parece.

Fuente: <http://rompeviento.tv/?p=5048>